„tambien los hombres de importancia, de sabi-
„duría y sensatéz, tenian por muy asentado
„que el Padre SEBASTIAN VALFRE, aun vivien-
„do, hizo milagros á su arbitrio."

CAPITULO XXII.

De la prevision que tuvo el B. Sebastian del dia y año de su muerte.

A quien fué concedido de Dios preveer las cosas agenas, se le concedió tambien conocer con anticipacion el dia y año, en que su bendita alma, libre de las ataduras del cuerpo, pasaria á gozar de la gloria que le estaba preparada en el cielo. Sinembargo él no lo declaró á todos claramente, porque amando tanto (como hemos visto) la virtud de la humildad, puso todo empeño en tener ocultos los dones de Dios, para que no se llegase á conocer tenía espíritu profético, ó que recibia divinas revelaciones. Un Sacerdote muy amigo suyo, se quejaba con él de la muerte del Padre Ormea, como de persona que hacía gran bien en Turin, y de mucha ciencia, consejo y piedad; á lo que SEBASTIAN, mostrando sumo disgusto le dijo despidiéndose de él, *querido mio, debemos estar*

siempre dispuestos, no pudiendo saber cuando nos llamará Dios á sí: Hodie mihi, Cras tibi: *este año;* [*era el de* 1709]; *ha tocado al P. Ormea, el siguiente tocará á Valfré.*

Dos ó tres meses ántes de su muerte mandó á Verduno á sus parientes algunas escrituras, que conservaba en su poder, pertenecientes á su familia; otras igualmente á la Condesa Luisa Cristina Trivie, que le correspondian á ella. Para dar el justo precio á esto, conviene recordar, que él en tantas enfermedades como tuvo; (de las que algunas fueron reconocidas por los médicos peligrosas y mortales); jamás habia pensado en hacerlo. Señal clara de que entónces estaba seguro de no morir.

Fuera del tiempo en que lo tenia de costumbre, hizo los Ejercicios espirituales con estraordinario recogimiento. Quemó algunas cartas que no quería pasasen á otras manos. Devolvió al Bibliotecario algunos libros de la comunidad que tenía en el aposento, diciendo: *nos vamos aprocsimando á la muerte; es necesario que ántes se provea á todo.*

En Diciembre, penultimo mes de su vida, partiendo el P. Garresio de Turin, para volver no muy pronto, pasó á despedirse de SEBASTIAN, de quien recibió tan estraordinarias mues-

tras de benevolencia, que quedó mortificado. Al verlo se levantó, lo abrazó estrechamente, y tuvo por algun tiempo su cabeza sobre su pecho; cosa jamás hecha de él ántes. Cuando aquel se despidió, quiso acompañarle hasta la puerta del corredor: allí volvió á abrazarle con afecto, y le dijo con gran pena deteniendo las lágrimas; (amaba mucho SEBASTIAN á este buen Padre); *hasta vernos en el Paraiso.*

Finalmente, luego que llegó Enero, se dirigió VALFRE á visitar á sus mas íntimos amigos, como para darles el último á Dios; y á los que no hallaba en casa, encargaba muy particularmente á los criados que no se olvidasen de decir á sus amos, que él habia estado allí, y los saludaba afectuosamente: y á aquellos que encontró, les hizo tales demostraciones de urbanidad y cortesía, que todos quedaban maravillados, no conociendo el fin á que se dirigía aquella novedad.

Al Padre Gabriel Zervino, confidente suyo, le dijo: *dentro de pocos dias vereis una cosa, que os ocasionará alguna pena.* Al Vicario Bernardi, que quería volverse á su pátria, le dijo difiriese por ocho dias su partida; porque deseaba que viese con sus ojos lo que iba á suceder. Bien conocerá el lectór que todas las

palabras y hechos de SEBASTIAN, referidos hasta aquí, no indicaban otra cosa que su muerte. Ni faltaron señales aun mas claras.

Habia en Turin una buena y devota muger, muy entregada á los actos de piedad y religion, llamada Margarita Fea, que era penitente de SEBASTIAN. Habiendo esta, dos dias ántes que él se redujese á la cama, idose á confesar, cuando estaba para partirse del confesonario, le manifestó: que ya no la confesaría mas; porque dentro de una semana acaso estaría muerto. Lo que oyendo la muger, como si hubiese sido herida de un rayo, esclamó: *¿y qué haré yo sin vos, que perdiendoos pierdo mi padre espiritual, y pierdo tambien á quien me socorre en mis necesidades?* Entónces, confortándola él le respondió, que atendiese á su arte de teñidora y viviese con santo temor de Dios, conservándo la devocion á la Santísima Virgen María, y con esto no le faltaría jamás nada.

El Hermano Bernardo Moggino padecía de escrúpulos de conciencia, y habia rogado muchas veces al Padre VALFRE, su confesor, le dijese; (en el caso de que él tuviese que sobrevivirle); cómo debería conducirse, faltándole su direccion, y con cuál de los Padres debía continuar confesándose. El Siervo de Dios le habia

siempre contestado, que estuviese tranquilo sobre esto; porque ántes de su muerte él le habría dado ya los consejos que le pedía, y le habría indicado un confesor que le conviniese. Habiendo, pues, pasado el hermano Bernardo á su aposento, el Beato, que fuera de su ancianidad disfrutaba perfecta salud, porque en su esterior no aparecía ninguna señal de muerte y mucho menos de enfermedad, apenas se le presentó cuando le dijo: *ahora es tiempo que os diga como debeis conduciros cuando yo no estuviere mas en el mundo.* Tres dias despues se enfermó SEBASTIAN.

Pero aun con mayor precision hizo entender al Hermano Francisco Calvetti, y le dió á conocer bien el dia de su muerte. Este Hermano acostumbraba dar cada año de su cuenta á toda la comunidad un estraordinario el dia de la fiesta de S. Francisco de Sales, cuyo nombre tenía: presentóse pues á VALFRE; (estaba entónces mediado Enero); que era Prepósito, para pedirle el permiso, el cual se lo dió al momento; pero habiendo considerado que aquel año caía esa fiesta en miércoles, le advirtió; que á él le parecía mejor que difiriese la cosa para el dia siguiente. Mas despues de haber estado un poco en silencio, mirando fijamente á la

tierra, todo pensativo, se volvió á Calvetti y le dijo: *es mejor volver á lo primeramente propuesto: haced pues la fiesta en el refectorio el miércoles; que en el jueves me toca á mí hacer la fiesta en la Iglesia.* El Hermano se apartó de él, sin poder entender el significado de aquellas palabras; pero entendiólo bien, cuando despues de muerto fué llevado aquel dia á la Iglesia, donde habiendose cantado por su alma una misa solemne, ocurrió innumerable pueblo á ella, como verémos en el capítulo siguiente.

Hizo testamento á los 23 de Enero; y el 25, primer dia de la enfermedad, habiendo ido el portero á buscarle á la sacristía, donde se hallaba dando gracias, le dijo que le hiciese el gusto de llegarse á la portería, para consolar á una pobre forastera, que manifestaba gran deseo de hablarle. A lo cual respondió SEBASTIAN, sintiéndose muy malo, que no podía, y le encargó hiciese sus veces, oyendo lo que quería, y llevándole á él la noticia. Y encaminándose el portero para hacer lo que le habia mandado, lo hizo volver atrás, diciéndole: *ayúdame un poco y vamos todavía por esta vez;* y apoyándose en su brazo, fué á hacer aquel último oficio de caridad.

Otro argumento muy cierto para persuadir.

se de habersele sido revelada divinamente la hora de la muerte, es el que sigue. Los dos médicos que lo curaban, viéndole en la tarde del 28 muy agravado, con una fiebre violentísima, y una ansiedad que daba lástima, creyendo ciertamente que falleciese ácia media noche, dijeron que era necesario darle el Santo Oleo; maravillándose como el Siervo de Dios que habia estado tan ecsigente en recibir los otros Sacramentos, de éste no hubiese hablado palabra. Acercóse por tanto al enfermo el Padre mas anciano, y le preguntó ¿si quería recibir entónces la Extremauncion? *Como quieran*, respondió; *aunque habría tiempo para mañana;* y replicando el enfermero que segun esto se esperase; él al momento replicó: *no, no me la dén ahora.* Asombráronse todos oyéndole decir con tal seguridad que el dia siguiente todavía estaría vivo, cuando los médicos le daban á lo mas tres ó cuatro horas de vida; pero se admiraron mucho mas, cuando le vieron á otro dia con alguna mejora. La misma cosa se repitió esa tarde cerca de una hora despues; cuando habiéndose divulgado la noticia de su prócsima muerte, la Princesa María Catarina, viuda del Serenísimo Príncipe Emmanuel Filiberto de Cariñano, mandó á un Caballero á recoger algunas cartas y

otras cosas, que ella habia fiado al cuidado de SEBASTIAN; el cual, al oír el recado de la Princesa, señaló donde tenía todo aquello guardado, agregándo: que ya habia pensado devolverlas el dia siguiente.

CAPITULO XXIII.

De la última enfermedad y muerte del B. Sebastian, y de algunas visiones que se tuvieron de él.

Oprimido de los años y consumido de trabajos se hallaba el B. SEBASTIAN, para dar aquel último paso, tan temido de quien ha seguido las máximas del siglo, y tan deseado de quien ha gastado toda su vida en servicio del prójimo y á la mayor gloria de Dios. Pero, aunque muy anciano; de ochenta años; mientras se mantuvo en pié, quiso seguir trabajando en la viña mística del Señor. El 24 de Enero de 1710 predicó á las monjas de Santa Cruz. Dirigiose despues á la Cárcel pública, se puso á auxiliar á un malhechor, que el dia siguiente debia ser ajusticiado. Pasando de aquí á la casa del santo Oficio, teniendo que hablar con uno de aquellos religiosos, se volvió con paso acelera-